

—Pero el padre Martinez es jóven y de un carácter apropiado...

Entraba doña Rosario á la sazón.

—¡Cómo, señor cura! ¿nos quiere usted dejar tan pronto?

—Tenía intenciones...

—¡Dios no lo quiera! con que vá á estar tan bonito nuestro baile! ya verá usted, ya verá usted.

—Yo no sé desvelarme.

—Hasta las diez nada más, no soy exigente; ¡sentirian tanto las muchachas que se fuera usted!

—Pues sea, mi señora doña Rosarito, pero nada más hasta las diez.

Como se vé, bastaron aquellas notas de bandolón para imprimir en todos los habitantes de aquella casa un nuevo género de ideas.

Pablito se puso á encender las velas, y media hora después comenzaron á llegar los convidados.



## CAPÍTULO VI.

Un Bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.

ERAN dos jóvenes vecinas con su mamá y su tía y una *pilmama* (nodriza); después llegaron dos pollos poniéndose los guantes; en seguida otras dos familias con niños de varias edades y dos *pilmamas* más.

Un rato después la cama matrimonial de doña Rosario y D. Pedro María era un *monte parnaso* de abrigos, sombreros y paraguas; las demás camas eran depositarias de niños dormidos

con su correspondiente criada cada uno, y ya la sala estaba llena de gente.

Ya no era posible que Mercedes y Angelita se hicieran esperar más, y se exhibieron recorriendo el estrado y haciendo con cada señora esa cosa que hacen todas las señoras al saludarse.

Decimos *esa cosa* porque estamos seguros que ni las mismas señoras se atreverán á llamar abrazo á un movimiento que consiste en inclinar la cabeza hácia el lado izquierdo y tocar el hombro derecho de la interlocutora con la uña del anular derecho.

No obstante, las muchachas intercaban en esta revista uno que otro par de besos tronados á tal ó cual amiguita íntima.

Y como todavía no habia mucho ruido, aquellos besos resonaban en toda la sala, y al eco de aquellos besos pasaba por el alma de los pollos algo

parecido á las susodichas notas del bandolón.

Los primeros momentos de un baile se prestan al estudio serio.

Estos momentos son uno de los rasgos de elocuencia del silencio.

El baile lo inventó el hombre en el primer momento en que se desmoreció de gusto.

Le pareció pobre la palabra, pobre el gesto, pobre el canto, pobres sus brazos y recurrió á sus piernas: el hombre, no sabiendo que hacer con su regocijo, inventó el primer zapateo, pero á más no poder.

Terpsícore nació como las avestruces...

Con permiso de usted, lector, nos metemos en la historia natural.

Cuando el pollo, el gran pollo del avestruz no ha acertado á romper su cascarón, la hembra avestruz, por un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1. de 1625 MONTERREY N.M.

procedimiento que bien puede ser muy maternal, pero no por eso menos grosero, ayuda á nacer á sus hijos á patadas.

Por esto decimos que Terpsícore nació á patadas como las avestruces. Desde entonces, el baile le pareció al hombre una cosa muy racional, y comenzó á bailar adrede; y como no es posible que todos los ánimos estén, á una hora dada, de cierto temple, resulta algo de embarazoso y heterogéneo en los primeros momentos de un baile.

Se concibe que el que saca la lotería, ó un ministerio, ó cualquier prebenda, se suelte bailando de gusto; pero que en medio de un silencio sepulcral se paren adrede cuatro parejas delante de otras cuatro para hacer á sangre fría lo que hacen los que están muy contentos, es sin disputa una disonancia.

En la sala de D. Pedro reinaba esa perplejidad de todos los principios de baile, que hemos pretendido explicarnos.

Todos hablaban quedito y ni pollos ni pollas, se atrevían á atravesar la sala de un lado á otro.

Habia pollos que estaban parados á la puerta de la antesala, pollos que ya estaban bailando interiormente, pollos que se estaban volviendo ojos, devorando á las pollas que ocupaban los asientos del estrado, y que no obstante no se atrevían á atravesar la sala.

—Oye Perico le dijo un imberbe á otro; tengo muchas ganas de ir á saludar á Lupe y á Pepita; pero no me atrevo á atravesar la sala.

—A mi me sucede lo mismo.

—Es imponente: todos lo ven á uno.

—Me acompañas? iremos juntos.

—Espérate á que haya tantito ruido para que no llamemos la atención.

Esto que les sucedía á los pollos, les pasaba á la mayor parte de los concurrentes.

Todos los hombres están agrupados en la antesala, todos los asientos están ocupados por señoras que no hacen ruido más que con los abanicos.

Se acaban de encontrar en la puerta dos amigos que se saludan sin alzar la voz.

— Buenas noches, Gonzalez.

— Que hay, Perez?

— Qué tal?

— Bien.

— Qué se hace?

— Ya lo ves.

— Divirtiéndote.

— Qué se ha de hacer.

Pausa..... ruido de abanicos y de cuchicheo.

— Bonita concurrencia.

— Ah! ya lo creo.

— Está esto de mucho tono.

— Es cosa de guantes.

— Yo los traje á prevención.

— Bien hecho.

Otra pausa: ruido de abanicos.

Hablan las pollas.

— Ya viste á Perez?

— ¡Sí, allí está en la puerta con Gonzalez.

— ¡Que pícaro!

— ¿Quién?

— Gonzalez.

— ¿For qué?

— Yo te contaré.

Pausa, abanicos, etc.

Hablan dos tias.

— Qué dice usted que calor, mi alma!

— Yo me ahogo.

— Qué tal será después?

— Figúrese V.!

Pablito apareció por la puerta de la

recámara; se había ido á vestir de negro y á ponerse guantes y un alfiler de esmeraldas, que le prestó su papá.

—Niño, le dijo doña Rosario al verlo, ¿que hacías?

Pablito se acercó á su mamá que estaba inmediata á la puerta y le dijo:

—Estaba rebanando el queso, y me fuí á vestir.

—Haz que bailen, ya hay bastantes parejas.

Pablito atravesó la sala con la autoridad del niño de la casa; no obstante, se le hubiera podido notar cierto embarazo en que se iba ajustando los guantes.

Un momento, lector, apropósito de los guantes.

El hombre que en todo pone la mano, las metió un día en las letrinas de París y sacó ratas, después las volvió guantes y metió en ellos las manos y quedó contento de su obra.

Adan se sorprendería hoy, al ver que su raza no dá al aire más que la cara.

El hombre no pudiendo esconder las uñas como los gatos, se las cubre con cabritilla, y esta operación, resultado del refinamiento y del lujo, suele ser para algunos un verdadero suplicio, al que se sujetan, disimulando mal su enbarazosa situación.

Cuando una mano ha gastado algunas cajas de guantes, vuelve á recobrar la flexibilidad, el tacto y la gracia.

Pero cuando cinco dedos incultos se meten por primera vez en unos guantes, el propietario sufre, sin poderlo remediar, todos los percances del aprendizaje.

Lo primero que le sucede al que nunca se ha puesto guantes, es que pierde su pañuelo: y en seguida revela su embarazo, en que no sabe que ha-

cer con sus manos, y para disimular esto, se ocupa incesantemente en ajustarse los guantes que nunca le acaban de entrar.

Pablito, pues, y la mayor parte de los pollos, no hacen otra cosa que calzarse los guantes.

Pablito, como decíamos, atravesó la sala, se acercó á los músicos, y dejó caer de sus labios esta palabra:

—Cuadrillas.

Ni más ni menos que como el asaltante que, teniendo gran confianza en su gente y en el éxito, dice con voz segura y tranquila: Preparen.

En seguida, se dirigió al grupo de la puerta y dijo:

—Señores, se va á bailar cuadrillas, las señoras esperan...

Los dos imberbes atravesaron los primeros y tras ellos otros.

Empezó el rumor, y á medida que

las parejas se fueron colocando, iba habiendo más ruido, pero resultaban cinco parejas de un lado y tres de otro.

—Se necesita un bastonero, dijo un pollo.

—Pablito, dijo otro.

—No, Perez, Perez, dijeron varios.

Pablito dijo tambien:

—Perez, tú eres el bastonero.

—No, tú.

—No, tú.

Y Perez fué bastonero.

Se paró en el centro de la sala y contó en voz alta: ¡una, dos, tres, cuatro!—Caballero, ¿tiene usted la bondad de pasarse de este lado? Usted por acá.—Angelita con Gonzalez, acá; dos, cuatro, seis, ocho. ¿Estamos completos? parece que sí.

—Maestro! dijo dirigiéndose á los músicos, ¡á una!

Los estrepitosos bandolones con sus

triples cuerdas metálicas, derramaron un torrente de notas, capaz de avergonzar á todos los canarios del mundo.

Todas las bocas y todos los ojos, ondularon á un mismo tiempo, proyectando una sonrisa, de la misma manera que una rama con muchas hojas se riza al sentir una ráfaga de viento.

La música armonizaba el conjunto, identificaba á las parejas, las hacía solidarias del goce, y el compás, el compás que parece una cosa tan insignificante, era el motor de aquellas máquinas humanas que se iban sintiendo mejor á cada momento.

La música agita los ramos nerviosos, por medio de la vibración de los sonidos, mientras que los pies ponen en juego los grandes centros nerviosos y todos los músculos.

El compás es el encargado de armonizar esta revolución voluptuosa.

Por el compás se procura no perder el oído.

Por el oído no se pierde el compás.

Y todo el cuerpo prueba una sensación rítmica.

De todo esto, resulta en el baile eso que se llama garbo, donaire, gentileza, chic.

De estas combinaciones nacieron los bailes espresivos, como la danza y el can-can, la *zopimpa* y la *malagüeña* y otros muchos.

Desde que la mímica encontró el compás, el hombre habla con las piernas.

Júntese á todo esto la unión de pollo y polla, y se tendrá una idea del placer del baile.

Este placer es un buzón donde caben otras cosas que sirven para exacerbarlo: por ejemplo, un apretón de

manos, una miradita, un suspiro, una presión con tres grados más de la fuerza comprensiva necesaria y usual, un roce, el aliento de uno, que distraidamente se bebe el otro, el aroma de un frasquito destapado de esencia que ella lleva en el seno... etc...

Excluid del baile la idea de la música, derramad silencio sobre las parejas y dejadlos seguir; á poco rato, os arrancarán una carcajada aquellos que os hacían gozar del espectáculo del baile.

Veamos bailar á Pablito.

Pablito estaba en esa edad en que se baila bien, edad en que se acepta con fé el papel de bailarín y por lo tanto, Pablito procuraba lucirse.

El bailarín debe contar con muchas cosas: en primer lugar, con la indulgencia del espectador, en segundo lugar con sus formas, y luego con su

agilidad y ligereza, con su gracia y su soltura, etc.

Pablito contaba con todo esto: creía tener bonito cuerpo, bonito pié, bonita mano y mucha gracia; todo esto lo ratificaba Pablito cada vez que pasaba frente á un espejo, y estaba seguro de que en aquellos momentos su porte y su manera de bailar estaba llamando la atención de muchas señoritas y exaltando la envidia de algunos pollos feos, y tanto preocupaba á Pablito esta idea que dijo á su compañera:

—No sé, señorita, si bailará usted cómodamente conmigo.

—¿Por qué, Pablito?

—Porque no sé bailar.

—No se caiga usted para que lo levanten.

—Positivamente.

—¿Lo ha dicho usted de veras?

—Como lo siento.



—Pues vea usted, si alguno tiene fama de bailar muy bien es usted.

—Favor que usted me hace.

—No es sino justicia, lo dicen todos y sin ir más lejos yo... lo que es yo, con nadie bailo vals más á mi gusto que con usted.

—Vea usted ¿es posible?

—Es muy cierto.

—Entonces tendrá usted la bondad de bailar el vals que sigue conmigo.

—Sí, Pablito.

—Gracias.

Pablito se irguió saboreando su triunfo.

Terminaron las cuadrillas con la consabida cadena corrida y las señoras volvieron á sus asientos. El calor de la sala subió cuatro grados.

Quando las señoras se sentaron, los caballeros se salieron á la antesala y volvió á reinar el silencio.



Perez.

El bastonero dió buenas cuentas.

Hablemos del bastonero.

Según hemos dicho ya, se llamaba Perez; era escribiente de un juzgado, lo cual no le evitaba seguir siendo muy pobre.

Perez tenía una levita que él mismo había volteado; porque antes de dedicarse á la curia, su padre le dió el oficio de sastre.

Perez vivía con unas señoras grandes que le daban cuarto y plato porque les cobrara los recibos y les lanzara los inquilinos morosos de unas casitas que tenían las dichas señoras. Perez era un buen muchacho y tenía vocación; era de esas gentes predestinadas á ser algo en virtud de esa virtud envidiable que se llama fortuna de pícaro.

Perez era comunicativo, servicial y simpático; era un trigueñito de ojos ne-

gros, flaco, alto, de pelo un poco crespo, bigote delgado y franca sonrisa: tenía los dientes muy blancos y muy listos: la dentadura de Perez hacía un papel importante en la expresión de su rostro, su interlocutor se encontraba siempre bajo el brillo de unos ojos vivaces una hilera de dientes que daban una buena idea de Perez.

Había muchachas que querían mucho á Perez, más que á otros ricos y encopetados.

Tenía lo que se llama sangre ligera; tan ligera como su apellido.

Era de esas personas á quienes nunca se les ha dicho señor: ni señor Don, ni se ha preguntado su nombre de bautismo, ni le ha importado á nadie: todo el mundo le decía Perez, al grado que si alguna vez se hubiera dicho delante de los que lo conocían mucho, el señor Perez ó D. Ramon Perez, nadie lo hu-

quiera recordado; al paso que cuando se decía Perez, todos sabían de quien se trataba.

Doña Rosario tenía mucha confianza en Perez, hasta el punto que, vigilando á sus hijas como madre cuidadosa y severa solía exclamar:

—¡Ah, no hay cuidado! están con Perez.

A Perez se le confiaban poridades que se ocultaban á los amigos de confianza: Perez servía para ir al monte-pio, para sacar una cita, para hacer un reclamo á la policía, para buscar música, para ajustar una canoa, para traer coche sin número, para ir por Doña Rosario y por las niñas á una visita, para velar á un enfermo, para arreglar un entierro, para vender desechos y para todas estas cosas, en fin que en ciertos casos no tienen precio.

Esto era Perez.

Por supuesto no había una sola persona en la sala que no le conociera.

—Perez, le dijo una señora.

—Mande usted, Charito.

—¿Me hace usted un favor?

—Con mucho gusto.

—¿Quiere usted ver si está durmiendo mi hijo?

Perez se asomó á la recámara y volvió con la razón.

—Duerme tranquilamente.

—Gracias.

—Perez, decia otra, ¿me hace usted favor de decirme en donde puso usted nuestros abrigos?

—¡Cómo! ¿qué ya se van?

—No; pero quería saber...

—Están bien guardados, tengo un escondite; cuando se vayan me avisan.

—Bueno.

—Perez, dijo Doña Rosario, ¿quiere usted dar su vuelta por el comedor?

—Bueno y... ya comprendo... la sangría...

—Sí, Perez, ya sabe usted; como siempre.

Perez lo hacia todo, servia á todos, y todos se complacian en tener algo que hacer con Perez.

Volvió á la sala, y ya aconsejado por Pablito, pidió vals.

—Vamos, señores, dijo en voz alta, *ya cuanto ha* que no hacemos nada; ¡á bailar, á bailar! ¡las señoras esperan, caballeros! se va á bailar vals, tengan ustedes la bondad.

—Eso es, eso es, dijo Doña Rosario; si Perez no anima esto, nos vamos á morir de fastidio.

—¡Vamos, señores, á bailar! ¿ó desean ustedes que las señoras vengán á sacarlos?

—¡Bien, Perez! gritó desde su gabinete D. Pedro María; anime usted á

esos jóvenes: en mi tiempo no eran así los muchachos; ¡vamos jovencitos!

Los pollos salieron de la antesala en parvada y tomaron compañeras.

Perez no tardó en decir: ¡A la una! frase coreográfica aceptada para em-  
zar á bailar.

El vals ya es otra cosa. Á todos los ingredientes del baile, el vals agrega el vértigo: bailar ya es algo, pero jirar ya es mucho; entonces todos los objetos pasan á nuestra vista rápidamente dibujando rayos de luz, entonces todo se precipita á nuestro rededor y nos sentimos como en el desvanecimiento de una carrera sin fin.

Hay en el vals algo del placer del funámbulo: sentirnos aéreos hasta el grado de ir perdiendo la conciencia del peso específico: sentir en el brazo una cintura, en la mano una manecita, y pareceros que volais con una palo-

ma; tocar apenas la alfombra con los piés y sentir que hendeis el aire con esa rapidez de que nos podría dar una razón exacta la golondrina, si la golondrina tuviera la bondad de hablar-  
nos; este es un placer que mezclándolo con el amor propio, quiere decir, con la ilusión de creerse uno gracioso y lleno de atractivos físicos, es una verdadera felicidad.

Esta felicidad es una compensación anticipada y la gozamos á cuenta de lo que en la edad de la razón fría sufrimos sin tomarnos más trabajo que el de ver las cosas tales como son.

Pablito, Perez, Gonzalez y otros jóvenes; Mercedes, Angelita y otras niñas, pasaban rápidamente rozando y azotando á los sentados con las faldas ondlauntes, y enlazados estrechamente en un abrazo de resorte,

abrazo franco cuanto lícito y grato cuanto único.

El vals acabó por colocar á todas las parejas en los peldaños del entusiasmo y por difundir la animación en la sala.

Pablito se perdía de vista, ¡que apatitud, que soltura, que gracia!

—¡Mira que bien baila Pablito!

—Sobre que parece que ni pone los piés en el suelo.

—¿Vas á bailar con él?

—Me pidió la contradanza.

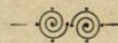
—¡Dichosa tú!

Los pollos se pasaban el pañuelo por la frente, porque el vals les hizo sudar la gota gorda.

Perez y Pablito aparecieron en la sala ofreciendo bizcochos, queso y licores á las señoras.

Pablito traía un platón coronado de *puchas*, *soletas* y otros bizcochitos al

estilo del país, y Perez venía siguiendo á Pablito trayendo un plato con queso y una charola con copitas de anisete y vinos dulces.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vols. 1625 BOUTERRE